

CAPÍTULO II

Los primeros novicios de Colorno. — Cómo los introduce el P. Pignatelli en los ejercicios. — Sus relevantes dotes para su esmerada formación. — Espíritu interior que les infunde. — El conclave. — Liberalidades de la duquesa de Villahermosa. — Elección de Pío VII. — El P. Panizzoni y el nuevo Pontífice. — Benevolencia de este con la Compañía. — Esperanzas del pronto restablecimiento. — Aumentan las agregaciones. — Razonamiento del P. Pignatelli con un candidato. — Método que observaba en el dar los ejercicios. — Práctica de lo determinado en ellos. — Precede el Padre y atrae con su ejemplo. — Visitas á cárceles. — Sólida virtud de los novicios de Colorno. — Singular recato y pureza del Siervo de Dios.

1799 — 1800

Luégo que el P. Pignatelli hubo dado al edificio de San Estévan la forma acomodada á las necesidades de los que habían de morar en él, llamó á Colorno á cinco jóvenes que en Bérgamo estaban aguardando el aviso de trasladarse allá para dar principio á su noviciado. La manera cómo se hubo con ellos al comenzar su primera probacion, y cómo los introdujo en el primer experimento de los santos ejercicios, la cuenta con brevedad y concision uno de ellos por estas palabras¹:

«Á 16 de Noviembre de 1799,» dice, «llegamos á Colorno cinco novicios, que venimos de Bérgamo, y ya estaba allí otro

¹ P. MONZON, *Vida*, Lib. II, Cap. IV.

venido de Bolonia. Íbamos todos prevenidos de que hallaríamos un santo por director; mas el hecho superó nuestras esperanzas.»

«El P. Pignatelli nos recibió á la puerta con afabilísima caridad; introdujónos en la casa, y no se mostraba solícito de otra cosa sino de que descansásemos de nuestro viaje. Ni una palabra nos habló de noviciado, ni de reglas, ni de observancias religiosas, ni de otra formalidad semejante. Aquel prudentísimo varon quería introducir entre nosotros las prácticas más menudas de la Compañía; mas á su tiempo: y entretanto por vía de amigables conversaciones nos hacía preciosas pláticas de cosas espirituales, pero de una manera general, y de tal suerte, que nos enfervorizaban para la virtud y la perfeccion cristiana. Sacábanos á paseo, é hizo caer un día la conversacion sobre los ejercicios espirituales: y sin manifestar que iba á dárnoslos, habló de ellos con tal arte, que nos encendió en ansias de ellos.»

«Era aquel el día de la Presentacion de nuestra Señora, el sexto después de nuestra llegada; y sin duda quería el Padre dar principio á ellos; y nosotros al punto, con solo haber oído la descripcion que nos había hecho, le pedimos que nos introdujese pronto en ellos, á lo cual parecía él mostrar alguna repugnancia: sin embargo vueltos á casa, aquella misma tarde nos llamó para comenzarlos. Expúsonos con grande amabilidad el fin, el método, las utilidades de los ejercicios de San Ignacio, y con encendido afecto nos dio los puntos de la meditacion. Continuó su tarea de la manera más insinuante por espacio de treinta y tres días, esto es, hasta el día de Navidad.»

«En este tiempo nos iba indicando el uso de las penitencias en refectorio y de las privadas, y esto lo decía así como por incidencia: á cada uno por separado fue distribuyendo disciplinas, y enseñóles la manera de usarlas: otro tanto hizo con la cadennilla. Nada de esto mandaba; á ninguno imponía obligacion alguna; hablábanos en tono familiar; sin embargo ejercía en nuestro ánimo tanta influencia, que alcanzaba de nosotros todo cuanto pretendía. Nada ordenaba, y nada quedaba por hacer.

Así que muy presto quedó planteada enteramente la distribucion diaria del novicio de la Compañía; es á saber, meditacion, lectura, exámenes, oficios manuales, ejercicio de escritura, servir en la cocina, penitencias en refectorio, y además los tonos, los sermones en el refectorio y en la iglesia: y estas cosas y cada una de ellas las hacíamos con tal suavidad, que los discípulos del P. Pignatelli no guardaban aquel tenor de vida porque eran novicios, sino que eran novicios porque lo guardaban: y el prudente maestro atendía no tanto á formar exteriormente y de golpe jesuitas que pareciesen tales, sino á imprimir en el corazon de sus alumnos la virtud que al jesuita es necesaria.»

«Para concluir, el P. Pignatelli se preocupaba más de las cosas mismas, que de sus nombres: lo cual, si bien se considera, tiene grandes ventajas, porque induce al amor de la virtud en sí misma, purifica en gran manera la intencion, y no deja entrar en el corazon de los jóvenes principio alguno de espíritu de partido. Para esto hablaba siempre con loa de las demás religiones; veneraba su instituto, y el hábito que usan, y las personas que en ellas viven; y esto con una estima tan de corazon, que edificaba grandemente.»

Á este propósito decía otro de aquellos, cuando ya sacerdote: «En Colorno la virtud no se practicaba sino á impulsos de la propia voluntad: y el P. Pignatelli poseía la divina arte de hacerse importunar para conceder abstinencias, maceraciones corporales y humillaciones. Muchas eran realmente las penitencias que permitía, pero siempre rogado y como resistiéndose con cariño paternal. Era difícil en conceder las que pueden causar daño á la salud del cuerpo; y solía ser muy largo en permitir las que servían para dominar la gula, para vencer el respeto humano, la soberbia y las antipatías naturales, y para ejercicio de las obras de misericordia espiritual y corporal. Con la misma discrecion introdujo insensiblemente entre los novicios el uso de distribuir la sopa á los pobres en la portería y de comer allí en un mismo plato con ellos; aunque después á los tales haciales tomar algo más de alimento: tambien los enviaba

dos veces á la semana y en algunos otros casos extraordinarios á llevar y distribuir la sopa á los presos de la cárcel.»

«No le pareció prudente que hiciesen el mes de peregrinacion; pero lo suplió mandándolos á menudo con las alforjas al hombro á pedir limosna para los pobres y presos; y aun se usó alguna vez el ir con un jumentito á mendigar por las granjas de fuera de la poblacion. Dentro de casa ayudaban á los albañiles trasportando madera, piedras, y argamasa para las obras; y los novicios á la vista del público construyeron una pocilga y encima de ella un gallinero: tambien fregaban los platos casi á vista de todos.»

Con la suavidad y eficacia de tal magisterio los novicios fundadores del noviciado de San Estévan hicieron rápidos progresos en el desprecio de sí mismos y del mundo; y penetráronse tanto del primer espíritu de la Compañía, que en poco tiempo se convirtió aquella casa en modelo de noviciados, y nada tenia que envidiar á los más fervorosos y mejor disciplinados de la Compañía ántes de su extincion.

Así lo testifica el P. Luis Mozzi. «Cuando á los pocos meses de abierto aquel noviciado,» dice, «me llegué allá para verlo, quedé profundamente sorprendido, al encontrar en todos aquellos jóvenes el verdadero espíritu de la Compañía, y aquella casa en todo montada segun la disciplina de nuestros antiguos noviciados: contentos todos, rebosando todos fervor, y todos amantes de la más estrecha observancia, cuanto pudieran serlo los novicios de nuestros antiguos y más ejemplares noviciados.» Esto presenció el P. Mozzi cuando todavía era canónigo de Bérgamo; y tal vez la vista de aquellos novicios tuvo no poca influencia en su espíritu para decidirle á renunciar su prebenda y entrarse de nuevo en la Compañía, como lo hizo.

No se limitaba el celo del P. Pignatelli al bien de sus novicios, sino que se extendía al de toda la cristiandad. La muerte de Pío VI y la dificultad de elegirle sucesor en la cátedra de San Pedro fue ocasion de tentativas de cisma en algunas naciones europeas; y España fue tal vez la que más atrevida anduvo en

este particular. Siete días después del fallecimiento del Pontífice, los buenos católicos españoles leyeron con asombro en la Gaceta de Madrid el siguiente real decreto:

«La Divina Providencia se ha servido llevarse ante sí, en 29 de Agosto último, el alma de nuestro Santísimo Padre Pío VI; y no pudiéndose esperar de las circunstancias actuales de Europa y de las turbulencias que la agitan, que la eleccion de un sucesor en el pontificado se haga con aquella tranquilidad y paz tan debidas, ni acaso tan pronto como necesitaria la Iglesia; á fin de que entretanto mis vasallos de todos mis dominios no carezcan de los auxilios precisos de la religion, he resuelto que hasta que yo les dé á conocer el nuevo nombramiento de Papa, los Arzobispos y Obispos usen de toda la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina de la Iglesia, para dispensas matrimoniales y demás que les competen.....»

«En los demás puntos de consagracion (*sic*, por confirmacion) de Obispos y Arzobispos..... me consultará la Cámara por mano de mi primer secretario de Estado y del despacho; y entonces con el parecer de las personas, á quienes tuviere á bien pedirle, determinaré lo conveniente, siendo aquel supremo tribunal el que me lo represente, y á quien acudirán todos los Prelados de mis dominios hasta una orden mía.»

Á este decreto acompañaba una circular á los obispos, la cual terminaba así: «Espera Su Majestad, que V. S. I. se hará un deber el más propio en adoptar sentimientos tan justos y necesarios..... procurando que ni por escrito, ni de palabra, ni en las funciones de sus respectivos ministerios se viertan especies opuestas, que puedan turbar las conciencias de los vasallos de Su Majestad.....»

Los enemigos de la Iglesia vieron llegado ya para España el tan ansiado momento de romper con Roma y de instituir una Iglesia cismática al modo anglicano. Este era el ideal de los gobernantes, mayormente de D. Luis Urquijo y del marqués Caballero. El cisma naciente en España, y las demás calamidades que en la universal Iglesia podía ocasionar una larga Sede va-

cante, afligía, más de lo que con palabras puede encarecerse, el corazón del P. Pignatelli. Designóse la ciudad de Venecia como el punto más á propósito para el conclave. Mas era tal la penuria de recursos en que los cardenales se hallaban, que no les era posible sufragar los gastos precisos para trasladarse á aquel lugar.

Entonces fue cuando el Siervo de Dios, desde la oscuridad de su retiro, trató de poner remedio á los males de la Iglesia. Interesó á favor de ella á su sobrina la duquesa de Villahermosa, y acudió á su inagotable caridad, suplicándola que alargara su mano para subvenir á la indigencia de los cardenales. No se hizo sorda la buena sobrina á las súplicas de su santo tío: y como escribe el duque, su hijo¹, «entendiendo que muchos cardenales, por falta de recursos, no estaban en estado de ir al conclave, que debía reunirse en Venecia, hizo Su Excelencia, por medio del Emmo. Cardenal Lorenzana, se les asistiese con lo necesario para el viaje.»

Que el dinero remitido por la señora duquesa pasara por manos del P. Pignatelli, parece inferirse de lo que deponen Pablo Navaroli en los procesos por estas palabras²: «Recuerdo haberme encontrado en el banco *Serventi* de Parma con el ya difunto Juan Bautista Belloni, vecino de Colorno, y haber visto muchas veces montones de dinero, que se remitían á él [al P. Pignatelli]: y corría la voz que tenía mil duros mensuales, equivalentes á otros tantos escudos romanos.»

Sea de esto lo que se fuere, lo que no se puede poner en duda es, que los cardenales necesitados, socorridos con las liberalidades de la sobrina del Siervo de Dios, emprendieron su viaje á Venecia: y juntándose allí á fines de Noviembre en número de treinta y cinco, eligieron Soberano Pontífice en 14 de Marzo del siguiente año de 1800 al cardenal Bernabé Chiaramonti, que tomó el nombre de Pío VII, y fue coronado el 21 del mismo mes.

¹ Apuntes etc., pág. 15.

² *Process. Parm.*, fol. 696.

Antes de la eleccion, entre los cardenales «se declaró suficientemente que el negocio del restablecimiento de la Compañía debía ser mirado por el que fuese elegido Sumo Pontífice como cosa de grande importancia y digna de los primeros cuidados en el gobierno de la Iglesia, y como una verdadera obligacion de su persona y dignidad¹.» Verificada la eleccion, el P. Panizzoni, á nombre del P. General, presentó una memoria al nuevo Pontífice pidiéndole el reconocimiento de la legítima existencia de la Compañía en Rusia. No tuvo él reparo en hacer este reconocimiento; y en lo que tocaba á restablecerla en la Iglesia universal, aseguró que estaba pronto á hacerlo, si los príncipes católicos y los obispos se lo pedían². El primer príncipe, que solemnemente se lo suplicó, fue el cismático emperador de Rusia, Pablo I, como en su lugar veremos.

El duque de Parma felicitó á Su Santidad por su elevacion al trono pontificio, manifestándole sus ardientes deseos de ver repuesta la Compañía no solo en sus estados, sino en todo el mundo: y Pío VII le contestó con una carta escrita toda de su puño y letra prometiéndole hacer para ello cuanto estuviese en su mano.

Debía el nuevo Pontífice trasladarse de Venecia á Roma. Enterada la señora duquesa de Villahermosa de la indigencia en que el Jefe de la Iglesia se encontraba, y deseosa de que su viaje y la entrada en la ciudad eterna se verificase con la pompa y magnificencia que á tan encumbrada dignidad correspondía, se ofreció á sufragar todos los gastos que para ello fuesen necesarios. La gratitud de Pío VII con D.^a María Manuela no reconoció límites; y dio de ella elocuentes y repetidos testimonios no solamente á la caritativa señora, sino tambien al P. Pignatelli, pues no ignoraba ser él el promotor de tales obras de caridad y devocion de su piadosa sobrina con el Soberano Pontífice.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 34, pág. 134.

² *Id.*, *ibid.*

Con estos socorros pudo **hacer** Pío VII su viaje á Roma con el esplendor conveniente: y **con** el mismo hizo su entrada en aquella ciudad en 3 de Julio **de** 1800. Al pasar por Fano, fuele presentado el jesuíta Iturriaga, perteneciente á una de las provincias de América; quien, al **besarle** el pie, le recitó el siguiente epigrama:

Brachium ubi est dextrum, quo Ecclesia fortiter usa

Vincebat, Jesu fortificata manu?

Nunc prope victa iacet: querula nunc voce precatur:

«Quod Clemens tulerat, tu mihi redde, Pie!»

Seguro el P. José de la **benevolencia** del nuevo Pontífice con la Compañía, no dudó **un** momento que ninguna oposicion había de hallar en él la **obra** del noviciado en Colorno: antes al contrario, los deseos manifestados por Su Santidad en la carta autógrafa al duque, de **restablecer** la Compañía en la universal Iglesia, en cuanto lo permitiesen las circunstancias, le alentaban á esperar tan fausto acontecimiento, y le estimulaban á emplear todos sus talentos y todas sus **fuerzas** en imbuir á sus novicios en el verdadero espíritu de **su** vocacion, para que pudiesen transmitirlo vigoroso y robusto á **la** generacion venidera.

Por este tiempo era ya **tan** general la buena opinion y la fama de santidad de los **moradores** de la casita de Colorno, que hasta á España había llegado. El P. Luengo, que á la sazón se hallaba en Teruel, dice que **allá** se le escribía cómo en el noviciado de Colorno todo iba **bien** y con muy particular observancia². Desde entonces con la **esperanza** del pronto restablecimiento de la Compañía, fueron en **gran** número los antiguos jesuítas que se agregaron á los de **Parma**, á quienes apellidaban Rusos³.

¹ P. LUENGO, lugar citado. **En** el segundo pentámetro hemos sustituido *tulerat* al *abstulit* de la **copia** del autor del *Diario*, á fin de que el verso constase.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 37, pág. 141.

³ *Id.*, *ibid.*, pág. 333. En los **catálogos**, cuya copia tengo á la vista, consta que se agregaron 12 en **este** mismo año de 1800, y otros tantos el año siguiente: en 1802 solos 6, y 24 en 1803. Recuérdese que, como ya se notó, dichos catálogos son **incompletos**.

Sigamos la narracion de los hechos que demostrará cuán á satisfaccion obtuvo el buen maestro tan alto fin como era el que se había propuesto.

Como ya tenía en tan buen pie el noviciado, con los jóvenes que de nuevo iban entrando en él ya no usaba de tantas consideraciones, porque el ejemplo de los otros novicios las hacía innecesarias. Desde su entrada les proponía el blanco y fin sublime á que era necesario aspirar, si deseaban ser verdaderos hijos de tal madre; y exigía en ellos disposicion de ánimo para hacer y padecer todo lo que en el instituto se propone y se requiere.

No será ingrato al lector oír una parte del razonamiento que tuvo el buen maestro con un postulante el día mismo en que llegó al noviciado, segun que lo cuenta el mismo. «Al presentarme,» dice, «al P. Pignatelli, confieso que sola su presencia me hizo concebir grandísimo concepto de su persona: siempre me acuerdo de las primeras palabras que me dijo, cuando me condujo á mi aposento, que fueron estas: «Decidme, hijo: habéis venido á ser religioso de la Compañía de Jesús, ¿no es así? Pues bien: ¿estáis dispuesto á ocuparos en aquello que se os mandare?»

«Preguntóme por mis padres, y luégo añadió: «Para servir al Señor, es menester que dejéis todas estas cosas, y con ellos también la esperanza de volverlos á ver más; porque posible cosa será que la Compañía os destine á regiones muy apartadas; y en este caso es menester ponerse en camino con toda prontitud, sin excusarse y sin esperanza de volver jamás á la patria. Además de esto hay que disponerse y prepararse para todo lo que Dios nos envíe de tribulaciones, persecuciones, calumnias, vituperios y cosas semejantes, que se suelen hallar en el divino servicio, mayormente en la Compañía. Si queréis llamaros compañero de Jesús, debéis andar por el camino que él anduvo, es á saber, de padecimientos, dolores, pobreza y deshonras: en resúmen, tenéis que padecer lo que por mí y por vos él ha padecido; porque «No es el discípulo más que el maestro.»

«Si, pues, estáis resuelto á seguir á Jesucristo en su Compañía y alistaros bajo su bandera, es necesario que os apliquéis